

patenas de oro, que pesaban catorce libras, al de Pocososa, donde tuvieron que comer y que llevar para el camino. Hizo Balboa amistad con él, y rescatóle hasta quince marcos de oro y ciertos esclavos por algunas cosillas de mercadería. Dejó con Pocososa los españoles dolientes y flacos, porque tenían de pasar por tierra de Tumanama, de cuya riqueza y valentía les dijera don Carlos Panquiaco. Habló á sesenta que sanos estaban y recios, animándolos al camino y guerra que con él esperaban. Ellos respondieron que fuese, y vería lo que harían. Anduvieron jornada de dos días en uno, por no ser barruntados, llevando buenas guías, que les dió Pocososa. Saltaron al primer sueño la casa del Tumanama. Tomáronle preso con dos hardajas y ochenta mujeres de entrambas sillas. Pudieron hacer tal salto por llegar callados y por estar las casas del lugar apartadas unas de otras. Tantas y mas querellas tuvo Balboa de Tumanama como de Pacra, y tan contra natura, aunque no tan públicamente, vivía con hombres y mujeres el uno como el otro. Reprehendióle ásperamente, amenazólo mucho, hizo como que lo quería ahogar en el río; empero todo era fingido por contentar á los querellantes y sacarle su tesoro; que mas le quería vivo y amigo que muerto. Tumanama estuvo recio, y ni declaró minas ni tesoro, ó porque no las sabía, ó porque no le tomasen su tierra á causa dellas. Estuvo tambien muy halagüeño, haciendo regalos á Balboa y á todos, y dióles cien marcos de oro en muchas joyas y tazas. Estando en esto, llegaron los españoles que con Pocososa quedaran, y tuvieron todos muy alegre Navidad. Salieron á mirar si verían algun rastro de minas, y hallaron en un collado señales de oro. Cavaron dos palmas, cernieron la tierra, y parecieron unos granillos de oro como neguilla y lentejas. Hicieron la misma experiencia en otros cabos, y tambien hallaron oro; que no poco ledos fueron en ver que tan somero estaba aquel metal amarillo. En todo salió verdadero Panquiaco, sino que Tumanama estaba desta parte de las sierras, y no de la otra. Dió Tumanama un hijo á Balboa, que se criase entre españoles y aprendiese sus costumbres, lengua y religion; y por perpetuar con ellos amistad, tomáronle, segun dicen algunos, mucha cantidad de oro y mujeres por fuerza, y viniéronse á Comagre. Los indios trajeron en hombros á Balboa, que cayó malo de calenturas, y á otros españoles enfermos. Era ya señor don Carlos Panquiaco, y proveyólos muy bien, y dióles á la partida veinte libras de oro en joyas de mujer. Pasaron por Ponca y entraron en la Antigua del Darien, á 19 de enero, año de 14.

Balboa hecho adelantado de la mar del Sur.

Fué rescebido Vasco Nuñez de Balboa con procesion y alegrías, por haber descubierto la mar del Sur y traer muchos dineros y perlas. El se holgó infinito por hallarlos buenos, bien proveidos y acrecentados en número; que á la fama acudian allí cada día de Santo Domingo. Tardó en ir y venir y en hacer cuanto digo, aunque sumariamente, cuatro meses y medio. Pasó muchos trabajos y hambre. Trajo, sin las perlas, mas de cien mil castellanos de buen oro, y esperanza, tornandole allá, de haber la mayor riqueza que nunca los nas-

cidos vieron; y con esto estaba tan ufano como animoso. Dejó muchos señores y pueblos en gracia y servicio del Rey, que no fué poco. No le mataron español en batalla que hubiese, y hubo muchas, y todas las venció; que no hizo tal ningun romano. Nunca lo hirieron; que atribuyó él mismo á milagro y á las muchas rogativas y votos que hacia. La gente que halló andaba en cueros, sino eran señores, cortesanos y mujeres. Comen poco, beben agua, aunque tienen vinos, no de uvas; no usan mesa ni manteles, salvo los reyes. Los otros alimpiáanse los dedos á la punta del pié ó al muslo y aun á los compañeros, y cuando mucho á un trapo de algodón; pero con todo esto andan limpios, porque se bañan muy á menudo cada día. Son viciosos de la carnalidad, y hay putos. Es la tierra pobre de mantenimientos, y riquísima de oro, por lo cual fué dicha Castilla de Oro. Cogen dos y tres veces al año maíz, y por esto no lo engraneran. Repartió Balboa el oro entre sus compañeros, después de quintado para el Rey; y como era mucho, alcanzó á todos y aun mas de quinientos castellanos á Leoncillo, perro, hijo de Becerrillo el del Boriquen, que ganaba mas que arcabucero para su amo Balboa; pero bien lo merecía, segun peleaba con los indios. Despachó luego para Castilla en una nao á un Arbolancha de Balboa con cartas para el Rey y para los que entendían en el gobierno de las Indias, y con una muy larga y devota relacion de lo que tenia hecho, y con veinte mil castellanos del quinto, y docientas perlas finas y crecidas; y porque vieses en España la grandeza de las conchas donde se crian las perlas, envió algunas muy grandes. Envió asimesmo el cuero de un tigre macho, atestado de paja, para mostrar la fiereza de algun animal de aquella tierra. Tomaron este tigre los del Antigua en una hoya ó barranca, hecha en el camino por do venia, que no tuvieron otra mejor maña. Había comido muchos puercos dentro el pueblo, ovejas, vacas, yeguas, y aun los perros que las guardaban. Cayó en el hoyo y lazo. Daba unos aullidos terribles. Quebraba con las manos y boca cuantas lanzas y palos le arrojaban. En fin, murió de arcabuz. Desolláronlo cerrado, y comiéronselo, no sé si por necesidad, ni si por deleite. Parecía la carne de vaca y era de buen sabor. Fueron por el rastro al cubil do criaba. No hallaron la hembra, sino dos cachorrillos, que ataron con cadenas de hierro por el pescuezo, para llevar al Rey después de criados. Mas cuando tornaron por ellos no estaban allí, y estaban las cadenas como las dejaron, de que mucho se maravillaron; porque sacar las cabezas sin soltar las argollas parecia imposible, y despedazarlos la madre, increíble. Holgó mucho el Rey Católico con la carta, quinto, presente y relacion de la mar Austral, que tanto la deseaban. Revocó la sentencia dada contra Balboa, é hizolo adelantado del mismo mar del Sur.

Muerte de Balboa.

Hizo el rey don Fernando gobernador de Castilla de Oro á Pedrarias de Avila, el justador, natural de Segovia, por acuerdo del consejo de Indias; ca demandaban los españoles del Darien justicia y capitan que tuviese poder y cédula real, y era tambien necesario para

poblar y convertir aquella tierra. Estaba entonces Balboa infamado y aborrecido por la informacion y quejas del bachiller Enciso, aunque lo abonaba cuanto podia Zamudio, procurador del Darien; y todos en España estaban mal con aquella tierra de Veragua y Uraba, por haber muerto en ella cerca de mil y quinientos españoles que fueron con Diego de Nicuesa, Alonso de Hojeda, Martin Fernandez de Enciso, Rodrigo de Colmenares y otros. Mas empero con la venida y dicho de Juan de Quicedo y del mesmo Colmenares, fué Balboa muy alabado, y la tierra deseada; y hubo muchos principales caballeros que pidieron al Rey aquella gobernacion y conquista; y si no fuera por Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, presidente de Indias, la quitaran al Pedrarias, y la dieran á otro. Y certísimo la dieran al Vasco Nuñez de Balboa, si un poco antes llegara á la corte Arbolancha. Dió pues el Rey á Pedrarias muy cumplidos y llenos poderes; pagó las naos en que llevase mil hombres que pedía Balboa. Mandó guardar la instruccion de Hojeda y Nicuesa. Entre muchas cosas otras que le encargó, fué la conversion y buen tratamiento de los indios; que no pasase letrados ni consintiese pleitos; que requiriese mucho y solemnemente á los indios con la paz y amistad antes de hacerles guerra; que siempre diese parte de lo que hubiese de hacer al obispo, clérigos y frailes que llevaba. Iba por obispo de la Antigua del Darien Juan Cabedo, fraile francisco, predicador del Rey, que fué el primer perlado de tierra firme de Indias y Mundo Nuevo. Partió Pedrarias de Sanlúcar de Barrameda á 14 de mayo del año de 14, con diez y siete naves y mil y quinientos españoles, los mil y docientos á costa del Rey. Si pudieran caber en ellas, se fueran con él otros mil: tanta gente acudió al nombre de Castilla de Oro. Llevó á su mujer doña Isabel de Bobadilla, y por piloto á Juan Vespucio, florentino, y á Juan Serrano, que habia estado ya en Cartagena y Uraba. Llegó á salvamento con toda su armada al Darien á 21 de junio. Salíó Balboa una legua á recibirlo con todos los españoles, cantando *Te Deum laudamus*. Hospedóle, contóle cuanto habia hecho y pasado, de que mucho se maravilló y holgó, por hallar buena parte de tierra pacificada, donde poblar á su placer, y después guerrear con los indios; ca llevaba gana de toparse con ellos, que habia estado en Oran y otras tierras de Berbería; pero no lo hizo tan bien como blasonaba. Informóse bien, y comenzó á poblar en Comagre, Tumanama y Pocososa. Envió á Juan de Ayora con cuatrocientos españoles á Comagre; el cual, por deseo de oro, aperreó muchos indios de don Carlos Panquiaco, servidor del Rey, amigo de españoles, á quien se debían las albricias del sur. Despojóle tambien á él, y atormentó ciertos caciques, é hizo otras crueldades y demasías, que causaron rebelion de indios y muerte de muchos españoles; de miedo de lo cual huyó con el despojo en una nao, no sin culpa de Pedrarias, que disimuló. Gonzalo de Badajoz fué al Nombre de Dios con ochenta; el cual y Luis de Mercado, que fué allí dende á poco, se fueron á la otra mar, haciendo lo que dirémos, cuando lleguemos á Panamá. Francisco Becerra fué con ciento y cincuenta compañeros al río de Dabaiba, y volvió las manos en la cabe-

za. El capitan Vallejo fué á Caribana con setenta españoles; mas presto se tornó, porque le mataron cuarenta y ocho dellos los caribes flecheros. Bartolomé Hurtado, que fué con buena compañía de españoles á poblar á Acla, pidió indios á Careta, que cristiano se llamó don Fernando, y que servía al Rey por industria de Balboa, y vendióselos después por esclavos. Gaspar de Morales llevó ciento y cincuenta españoles á la mar del Sur, como en su proprio lugar dirémos; y dióse buena maña en la isla de Terarequi á rescatar perlas. Sin estos envió Pedrarias á otros, que poblaron en Santa Marta y en muchas partes. Sucedian las cosas del Gobernador no muy bien, y burlaba dello Balboa, y aun creo que rehusaba su mayoría, como tenia el cargo y título de la mar del Sur. Pedrarias lo apocaba, desminuyendo sus hechos; en fin, que riñeron. Hizolos amigos el obispo Cabedo, y desposóse con hija de Pedrarias, por donde pensaban todos que perseverarian en paz, pues á entrambos así cumplía; mas luego descompadraron de veras. Estaba Balboa en la mar de su adelantamiento para descubrir y conquistar con cuatro carabelejas que labró. Llamóle Pedrarias al Darien. Vino, echólo preso, hizo proceso, condenólo y degollólo con otros cinco españoles. La culpa y acusacion fué, segun testigos juraron, que habia dicho á sus trecientos soldados se apartasen de la obediencia y soberbia del Gobernador, y se fuesen donde viviesen libres y señores; y si alguno les quisiese enojar, que se defendiesen. Balboa lo negó y lo juró, y es de creer, ca si temiera, no se dejara prender ni pareciera delante del Gobernador, aunque mas su suegro fuera. Juntósele con esto la muerte de Diego de Nicuesa y sus sesenta compañeros, la prision del bachiller Enciso, y que era bandolero, revoltoso, cruel y malo para indios. Por cierto, si no hubo otras causas en secreto, sino estas públicas, á sinrazon le mató. Así acabó Vasco Nuñez de Balboa, descubridor de la mar del Sur, de donde tantas perlas, oro, plata y otras riquezas se han traído á España; hombre que hizo muy grandes servicios á su rey. Era de Badajoz, y á lo que dicen, rufian ó esgrimidor. En el Darien se hizo cabeza de bando, y por su propria auctoridad; anduvo muy devoto en las guerras; fué amado de soldados, y así, les pesó de su temprana muerte, y aun lo echaron menos. Aborrecian á Pedrarias los soldados viejos, y en Castilla fué reprehendido, y poco á poco removido del gobierno, bien que lo suplicaba él sintiendo disfavor. Pobló Pedrarias el Nombre de Dios y á Panamá. Abrió el camino que van de un lugar á otro, con gran fatiga y maña, por ser de montes muy espesos y peñas. Había infinitos leones, tigres, osos y onzas, á lo que cuentan, y tanta multitud de monas de diversa hechura y tamaño, que alegres cocaban, y enojadas gritaban de tal manera, que ensordecian los trabajadores. Subían piedras á los árboles y tiraban al que llegaba; y una quebró los dientes á un ballestero, mas cayó muerta; que acertaron á soltar á un tiempo ella la piedra y él la saeta. Santa Marta, de la Antigua del Darien, fué poblada por el bachiller Enciso, alcalde mayor de Hojeda, con voto que hizo dello si venciese á Cemaco, señor de aquel río. Despoblóse, por ser muy enfermo, húmedo y caliente, tal, que en regando la casa se hacian sapillos;

falto de mantenimientos, sujeto á tigres y á otros animales dañosos y bravos. Poníanse los españoles de color de tericia ó mal amarillo, aunque también toman esta color en toda la Tierra-Firme y Perú. Puede ser que del deseo que tienen al oro en el corazón se les haga en la cara y cuerpo aquel color. No es buena tierra para sembrar; que hay aguaceros y vienen muchos diluvios y avenidas, que anegan lo sembrado. Caen muchos rayos y queman las casas y matan los moradores. Envió el emperador don Carlos sucesor á Pedrarias, y fué Lope de Sosa, de Córdoba, que á la sazón era gobernador en Canaria; el cual murió en llegando al Darien, año de 20. Fué tras él Pedro de los Ríos, también de Córdoba, y fué á Pedrarias á Nicaragua. El licenciado Antonio de la Gama fué á tomarle residencia. Proveyeron de gobernador á Francisco de Barrionuevo, un caballero de Soria, que fué soldado en el Boriquen y capitán en la Española contra el cacique don Enrique. Luego fué el licenciado Pero Vazquez, y después el doctor Robles, que administró justicia derechamente; que hasta él poca hubo.

Frutas y otras cosas que hay en el Darien.

Hay árboles de fruta muchos y buenos, como son mamais, guanabanos, hobos y guaiabos. Mamai es un hermoso árbol, verde como nogal, alto y copado, pero algo abusado como ciprés, tiene la hoja mas larga que ancha, y la madera fofa. Su fruta es redonda y grande, sabe como durazno, parece carne de membrillo, crias tres, cuatro y mas cuescos juntos como pepitas, que amargan mucho. Guauabo es alto y gentil árbol, y la fruta que lleva es como la cabeza de un hombre; señala unas escamas como piñas, pero llanas y lisas y de corteza delgada; lo de dentro es blanco y correoso como manjar blanco, aunque se deshace luego en la boca, como nata; es sabrosa y buena de comer, sino que tiene muchas pepitas leonadas por toda ella, como badeas, que algo enojan al mascar; es fria y por eso la comen mucho en tiempo caloroso. Hobo es también árbol grande, fresco, sano, de sombra; y así, duermen los indios y aun españoles debajo del, antes que de otros ningunos. De los cogollos hacen agua muy olorosa para piernas y para afeitar, y de la corteza aprieta mucho la carne y cuero; por lo cual se bañan con ella; y aun los caminantes se lavan los piés por ello, y aun porque quita el cansancio. Sale de la raíz, si la cortan, mucha agua y buena de beber. La fruta es amarilla, pequeña y de cuesco como ciruela; tiene poquita carne y mucho hueso; es sana y digestible, mas dañosa para los dientes, por hilillos que tiene. Guayabo es árbol pequeño, de buena sombra y madera; envejece presto. Tiene la hoja laurel, pero mas gorda y ancha. La flor parece algo de naranjo, y huele mejor que la de jazmin. Hay muchas diferencias de guayabos, y por consiguiente de la fruta, que es como camuesa. Unasson redondas, otras largas, mas todas verdes por de fuera, con unas coronillas como nispolas. Dentro son blancas ó rosadas, y de cuatro cuartos, como nuez, con muchos granillos en cada uno. Sazonadas son buenas, aunque agrillas; verdes restriñen como servas; maduras pierden color y sabor; y crían muchos gusanos; hay palmas de ocho ó diez ma-

neras; las mas llevan dátiles como huevos, pero de grandes huesos. Son agretes para comer, mas sacan razonables vinos. Hacen los indios lanzas y flechas de palma, por ser tan recias, que sin hender, ni remachar, ni les poner pedernal, entran mucho. Palmas hay que parecen en el tronco cañas de cebollas, mas gordo en medio que á los extremos, en el cual, como es madera floja, anida el pito picando con el pico. Es un pájaro como zorzal, barreado al través, una barra verde y otra negra, que declina en amarillo. Tiene colorado el cogote y algunas plumas de la cola. Españoles lo llaman carpintero; no es mucho ser el pico de quien Plinio cuenta que cava y anida en lo macizo de los árboles; y que, viendo atapado el agujero de su nido, trae cierta yerba, que puesta sobre la piedra ó cuña, la hace saltar por fuerza de su virtud. Otros dicen que el mismo pito tiene tal propiedad, que cae luego el cuño ó clavo del agujero en tocándole. Hay muchos papagayos y de muchos tamaños, grandísimos y chicos como pájaros, verdes, azules, negros, colorados y manchados, que parecen remendados. Tienen lindo parecer, gorjean mucho, y son de comer. Hay muchos gallipavos caseiros y monteses, que tienen grandes papos ó barbas, como gallos, y las mudan de muchas colores. Morciélagos hay tamaños como gangas, que muerden reciamente á prima noche; matan los gallos, que pican en la cresta, y aun dicen que hombres. El remedio es lavar la llaga con agua de la mar ó darle algun boton de fuego. Hay muchas garrapatas y chinches con alas, lagartos de agua ó crocodillos, que comen hombres, perros y toda cosa viva. Puercoos derrabados, gatos rabudos, y los animales que enseñan á sus hijos para correr. Vacas mochas y que siendo patihendidas, parecen mulas, con grandes orejas, y tienen, á lo que dicen, una trompilla como elefante. Son pardas y buena carne. Hay onzas, si lo son las que así llaman españoles, y tigres muy grandes, animal fiero y carnicero si lo enojan; pero de otra manera es medroso y pesado en correr. Los leones no son tan bravos como los pintan, ca muchos españoles los han esperado y muerto en el campo uno á uno, y los indios tenían á sus puertas muchas cabezas y pieles dellos por valentía y grandeza.

Costumbres de los del Darien.

Son los indios del Darien y de toda la costa del golfo de Uraba y Nombre de Dios, de color entre leonado y amarillo, aunque, como dije, se hallaron en Cuareca negros como de Guinea. Tienen buena estatura, pocas barbas y pelos fuera de la cabeza y cejas, en especial las mujeres. Dicen que se los quitan y matan con cierta yerba y polvos de unas como hormigas; andan desnudos en general, principalmente las cabezas. Traen metido lo suyo en un caracol, caña ó cañuto de oro, y los compañeros de fuera. Los señores y principales visten mantas de algodón, á fuer de gitanas, blancas y de color. Las mujeres se cubren de la cinta á la rodilla, y si son nobles hasta el pié. Y estas tales traen por las tetas unas barras de oro, que pesan algunas docientos pesos, y que están primamente labradas de flores, peces, pájaros y otras cosas relevadas. Traen

ellas, y aun ellos, cercillos en las orejas, anillos en las narices y bezotes en los bezos. Casan los señores con cuantas quieren, los otros con una ó con dos, y aquella, no hermana ni madre ni hija. No las quieren extrangeras ni desiguales. Dejan, truecan y aun venden sus mujeres, especial si no paren; empero es el divorcio y apartamiento estando ella con su camisa, por la sospecha del preñado. Son ellos celosos, y ellas buenas de su cuerpo, segun dicen algunos. Tienen mancebjas públicas de mujeres; y aun de hombres en muchos cabos, que visten y sirven como hembras sin les ser afrenta, antes se excusan por ello, queriendo, de ir á la guerra. Las mozas que yerran, echan la criatura con yerbas que para ello comen, sin castigo ni vergüenza. Múdanse como alárabes, y esta debe de ser la causa de haber chicos pueblos. Andan los señores en mantas á hombros de sus esclavos, como en andas; son muy acatados; ultrajan mucho los vasallos; hacen guerra justa é injustamente sobre acrecentar su señorío. Consultan las guerras los señores y sacerdotes sobre bien borrachos ó enalabrados con humo de cierta yerba. Van muchas veces con los maridos á pelear las mujeres, que también saben tirar de un arco, aunque mas deben ir para servicio y deleite. Todos se pintan en la guerra, unos de negro y otros de colorado como carmesí. Los esclavos de la boca arriba, y los libres de allí abajo. Si caminando se causan, jásanse de las pantorrillas con lancetas de piedra, con cañas ó colmillos de culebras, ó líbanse con agua de la corteza del hobo. Las armas que tienen son arco y flechas, lanzas de veinte palmos, dardos con amiento, cañas con lengua de palo, hueso de animal ó espina de peces, que mucho enconan la herida, porras y rodela; casquetes no los han menester, que tienen las cabezas tan recias, que se rompe la espada dando en ellas; y por eso ni les tiran cuchilladas ni se dejan topetar. Llevan en ellas grandes penachos por gentileza. Usan atabales para tocar al arma y ordenanza, y unos caracoles que suenan mucho. El herido en la guerra es lidalgo y goza de grandes franquezas. No hay espía que descubra el secreto, por mas tormentos que le dén. Al captivo de guerra señalan en la cara, y le sacan un diente de los delanteros. Son inclinados á juegos y hurtos; son muy haraganes. Algunos tratan yendo é viniendo á ferias. Truecan una cosa por otra, que no tienen moneda. Venden las mujeres y los hijos. Son grandes pescadores de red todos los que alcanzan río y mar; ea se mantienen así sin trabajo y con abundancia. Nadan mucho y bien, hombres y mujeres. Acostumbran á lavarse dos ó tres veces al día, especial ellas, que van por agua; ea de otra manera hederían á sobaquina, segun ellas confiesan. Los bailes que usan son areitos, y los juegos pelota. La medicina está en los sacerdotes, como la religion; por lo cual, y porque hablan con el diablo, son en mucho tenidos. Creen que hay un Dios en el cielo, pero que es el sol, y que tiene por mujer á la luna; y así, adoran mucho estos dos planetas. Tienen en mucho al diablo, adóranle y píntanle como se les aparece, y por esto hay muchas figuras suyas. Su ofrenda es pan, humo, frutas y flores, con gran devoción. El mayor delito es hurto, y cada uno puede castigar al ladrón que hurta maíz, cortándole los brazos y echándose los al cuello.

Concluyen los pleitos en tres días, y hay justicia ejecutoria. Entiéndanse generalmente todos, aunque en algunas tierras, como la de Comagre, desecan los cuerpos de los reyes y señores al fuego poco á poco hasta consumir la carne. Asanlos, en fin, después de muertos, y aquello es embalsamar. Dicen que duran así mucho; atavianlos muy bien de ropa, oro, piedras y pluma; guárdalos en los oratorios de palacio colgados ó arriados á las paredes. Hay agora pocos indios, y aquellos son cristianos. La culpa de su muerte cargan á los gobernadores, y la crueldad á los pobladores, soldados, y capitanes.

Cenu.

Cenu es río, lugar y puerto grande y seguro. El pueblo está diez leguas de la mar; hay en él mucha contratación de sal y pesca. Gentil platería de indios. Labran de vaciadero y doran con yerba. Cogen oro en do quieren, y cuando llueve mucho paran redes muy menudas en aquel río y en otros, y á las veces pescan granos como huevos, de oro puro. Descubriólo Rodrigo de Bastidas, como dije, el año de 2. Juan de la Cosa entró en él dos años después, y en el año de 9 aconteció lo siguiente al bachiller Enciso, yendo tras Alonso de Hojeda; el cual echó gente allí para rescatar con los naturales, y tomar lengua y muestra de la riqueza de aquella tierra. Vinieron luego muchos indios armados con dos capitanes en son de pelear. Enciso hizo señas de paz, y hablóles por una lengua que Francisco Pizarro llevaba de Uraba, diciendo cómo él y aquellos sus compañeros eran cristianos españoles, hombres pacíficos, y que habiendo navegado mucha mar y tiempo, traían necesidad de vituallas y oro. Por tanto, que les rogaba se lo diesen á trueco de otras cosas de mucho precio, y que nunca ellos las habian visto tales. Respondieron que bien podia ser que fuesen hombres de paz, pero que no traían tal aire; que se fuesen luego de su tierra, ca ellos no sufrían cosquillas, ni las demasías que los extrangeros con armas suelen hacer en tierras ajenas. Replicóles entonces él que no se podia ir sin les decir primero á lo que venia. Hizoles un largo sermón, que tocaba su conversión á la fe y bautismo, muy fundado en un solo Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres; y al cabo dijo cómo el santo padre de Roma, vicario de Jesucristo en toda la redondez de la tierra, que tenia mando absoluto sobre las almas y la religion, habia dado aquellas tierras al muy poderoso rey de Castilla, su señor, y que iba él á tomar la posesion dellas; pero que no les echaria de allí, si querian ser cristianos y vasallos de tan soberano príncipe, con algun tributo de oro que cada un año le diesen. Ellos dijeron á esto, sonriéndose, que les parecia bien lo de un Dios; mas que no querian disputar, ni dejar su religion; que debia ser muy franco de lo ajeno el Padre Santo, ó revoltoso, pues daba lo que no era suyo; y el Rey, que era algun pobre, pues pidia, y algun atrevido, que amenazaba á quien no conocia; y que llegase á tomarles su tierra, y porñanle la cabeza en un palo á par de otros muchos enemigos suyos, que le mostraron con el dedo junto al lugar. Requirióles otra y muchas veces que lo recibiesen con las condiciones sobredichas, si no, que los mataria ó prenderia por esclava-

vos para vender. Pelearon por abreviar, y aunque murieron dos españoles con flechas enervoladas, mataron muchos, saquearon el lugar y captivaron muchas personas. Hallaron por las casas muchas canastas y espuestas de palma llenas de cangrejos, caracoles sin cáscara, cigarras, grillos, langostas de las que destruyen los panes, secas y saladas, para llevar mercaderes la tierra adentro, y traer oro, esclavos y cosas de que carecen.

Cartagena.

Juan de la Cosa, vecino de Santa María del Puerto, piloto de Rodrigo de Bastidas, armó el año de 4 cuatro carabelas con ayuda de Juan de Ledesma, de Sevilla, y de otros, y con licencia del Rey, porque se ofreció á domar los caribes de aquella tierra. Fué pues á desembarcar á Cartagena, y creo que halló allí al capitán Luis Guerra, y entrambos hicieron la guerra y mal que pudieron; saltaron la isla de Codego, que cae á la boca del puerto. Tomaron seiscientas personas, discurrieron por la costa, pensando rescatar oro, entraron en el golfo de Uraba, y en un arenal halló Juan de la Cosa oro, que fué lo primero que de allí se presentó al Rey. Llevaban muy llenos de gente los navíos, dieron vuelta á Santo Domingo, que ni hallaban rescate ni mantenimiento. Alonso de Hojeda fué allá dos veces, y la postrera le mataron setenta españoles; y él, como ya estaban dados los caribes por esclavos, cogió la gente, oro y ropa que pudo. Pedro de Heredia, natural de Madrid, pasó á Cartagena por gobernador, el año de 32, con cien españoles y cuarenta caballos, en tres carabelas bien artilladas y bastecidas. Pobló y conquistó; mató indios y matóonle españoles en el tiempo que gobernó. Tuvo émulos y pecados, por donde vinieron á España él y un su hermano presos; y anduvieron fatigados muchos años tras el consejo de Indias en Valladolid, Madrid y Aranda de Duero. Nombráronla así los primeros descubridores, porque tiene una isla en el puerto como nuestra Cartagena, aunque mayor, y que se dice Codego. Es larga dos leguas, y ancha media. Estaba muy poblada de pescadores cuando los capitanes Cristóbal y Luis Guerra y Juan de la Cosa la saquearon. Los hombres y mujeres desta tierra son mas altos y hermosos que isleños. Andan desnudos como nacen, aunque se cubren ellas la natura con una tira de algodón, y usan cabellos largos. Traen cereillos de oro, y en las muñecas y tobillos cuentas, y un palillo de oro atravesado por las narices, y sobre las tetas bronchas. Ellos se cortan el cabello encima de las orejas, no crían barbas, aunque hay hombres barbados en algunas partes. Son valientes y belicosos. Preciáanse mucho del arco; tiran siempre con yerba al enemigo y á la caza. Pelea también la mujer como el hombre. Una tomó presa el bacilliller Enciso, que siendo de veinte años, había muerto ocho cristianos. En Chimitao van las mujeres á la guerra con huso y rueca; comen los enemigos que matan, y aun hay muchos que compran esclavos para comérselos. Entiéranse con mucho oro, pluma y cosas ricas, sepultura se halló en tiempo de Pedro de Heredia que tuvo veinte y cinco mil pesos de oro. Hay mucho cobre, oro no tanto, ca lo traen de otras partes por rescate y trueco de cosas. Los indios que hay son cristianos, tienen su obispo.

Santa Marta.

Rodrigo de Bastidas, que descubrió á Santa Marta, la gobernó también; fué á eso el año de 24, pobló y conquistó buenamente, que le costó la vida; ca se enojaron dél los soldados en Tarbo, pueblo rico, porque no se lo dejó robar. Enojados pues y descontentos, murmuraban dél terriblemente, diciendo que quería mas para los indios que para ellos; entró ambición en Pedro de Villafuerte, nacido en Ecija, á quien Bastidas honraba mucho y procuraba de levantar, y á quien confiaba sus secretos y hacienda; el cual pensaba que muriendo Bastidas, se quedaria él por gobernador, pues tenia la mano en los negocios, así de guerra como de justicia, por la gota y otros males de Bastidas. Con este pensamiento tentó á ciertos soldados, y como los halló aparejados para seguir su voluntad, propuso de matarlo. Juramentóse con cincuenta españoles, de los cuales eran los principales Montesinos de Librija, Montalvo de Guadalajara y un Porras; fué con ellos una noche á casa del gobernador Bastidas, y dióle cinco puñaladas en su propia cama, estando durmiendo, de que al cabo murió. Después fueron gobernadores los adelantados de Tenerife, don Pedro de Lugo y su hijo don Alonso Luis de Lugo, que se hubo en la provincia como suelen codiciosos. Alonso de Hojeda pacificó al cacique Jaharo mucho antes que fuese á Uraba, al cual robó Cristóbal Guerra, á quien después mataron indios. Yendo Pedrarias de Avila por gobernador al Darién, quiso tomar puerto, tierra y lengua aquí. Juntó los navíos á la costa por asegurar la gente que salia en los bateles, acudieron muchos indios á la marina con armas para defender la tierra escarmentados de semejantes pavios y hombres, ó arregostados á la carne de cristianos. Comenzaron á chillar y tirar flechas, piedras y varas á las naos; encendidos en ello, entraban en el agua hasta la cinta; muchos descargaron sus carcajes nadando: tanta es su braveza y ánimo. Empavesáronse muy bien los nuestros, por miedo de la yerba, y aun con todo eso fueron heridos dos españoles, que después murieron dello; jugaron en los indios la artillería, con que hicieron mas miedo que daño, ca pensaban que de las naos salian truenos y relámpagos como de nubes. Tuvo Pedrarias consejo si saldrian á tierra ó á la mar; hubo diversos pareceres. Al fin pudo mas la honrada vergüenza que la sabia cobardía; salieron á tierra, echaron de la marina á los indios, y luego ganaron el pueblo y mucha ropa, oro, niños y mujeres. Cerca de Santa Marta es Gaira, donde mataron cincuenta y cinco españoles á Rodrigo de Colmenares. Hay en Santa Marta mucho oro y cobre que doran con cierta yerba majada y esprimida; fregan el cobre con ella y sácanlo al fuego: tanto mas color toma cuanto mas yerba le dan, y es tan fino, que engañó muchos españoles al principio. Hay ámbar, jasper, calcidonias, zafis, esmeraldas y perlas; la tierra es fértil y de regadío, multiplica mucho el maíz, la yuca, las batatas y ajas. La yuca que en Cuba, Haití y las otras islas es mortal estando cruda, aquí es sana; cómeula cruda, asada, cocida, en cazuela ó potajes, y como quiera es de buen sabor; es planta, y no simiente; hacen unos montones de tierra grandes y en hila, como cepas de viñas. Hincan en cada uno dellos los palos de yuca que les parece, dejando la

mitad fuera; prenden estos palos, y lo que cubre la tierra hácese como nabo galiciano, y es el fruto lo que no cubre; crece un estado, mas ó menos. La caña es maciza, gorda y nudosa, pardisca, la hoja es verde y que parece de cáñamo; es trabajosa de sembrar y escardar, pero segura y cierta, por ser raíz; tarda un año á venir, y si la dejan dos es mejor; los ajas y batatas son casi una misma cosa en talle y sabor, aunque las batatas son mas dulces y delicadas. Plántanse las batatas como la yuca, pero no crecen así; ca la rama no se levanta del suelo mas que la de rubia, y echa la hoja á manera de yedra; tardan medio año á sazonzarse para ser buenas; saben á castañas con azúcar ó á mazapan; hay muy gran ejercicio de pescar con redes y de tejer algodón y pluma; por causa destes dos oficios se hacian gentiles mercados. Preciáanse de tener sus casas bien aderezadas con esteras de junco y palma, teñidas ó pintadas; paramentos de algodón y oro y aljófar, de que mucho se maravillaron nuestros españoles; cuelgan en las puntas de las camas sargas de caracoles marinos para que suenen. Los caracoles son de muchas maneras y gentiles, muy grandes y mas resplandecientes y finos que nácar. Van desnudos, pero cubren lo suyo en unos como embudos de calabaza ó canutillos de oro; ellas se ciñen unos delantales; las señoras traen en las cabezas unas como diademas de pluma grandes, de las cuales cuelgan por las espaldas un chia hasta medio cuerpo. Parecen muy bien con ellas, y mayores de lo que son, y por eso dicen que son dispuestas y hermosas; no son menores las indias que las mujeres de acá, sino que como no traen chapines de á palmo ni de palmo y medio como ellas, ni aun zapatos, parecen chicas. La obra de las diademas tiene arte y primor; las plumas son de tantas colores y tan vivas, que atraen mucho la vista; muchos hombres visten camisetas estrechas, cortas y con medias mangas. Ciñen faldillas hasta los tobillos, y atan al pecho unas capitas. Son muy putos y preciáanse dello; ca en los sartales que traen al cuello ponen por joyel al dios Priapo, y dos hombres uno sobre otro por detrás, relevados de oro: tal pieza de aquestas hay que pesa treinta castellanos. En Zamba, que los indios dicen Nao, y en Gaira, crían los putos cabello y atapan sus vergüenzas como mujeres, que los otros traen coronas como frailes; y así, los llaman coronados; las que guardan virginidad allí siguen mucho la guerra con arco y aljaba; van á caza solas y pueden matar sin pena al que se lo pide. Caponan los niños porque enternezcan para comer; son estos de Santa Marta caribes, comen carne humana, fresca y cecinada, hincan las cabezas de los que matan y sacrifican, á las puertas por memoria, y traen los dientes al cuello (como sacamuelas) por bravosidad, y cierto ellos son bravos, belicosos y crueles; ponen por hierro en las flechas hueso de raya, que de suyo es enconado, y úntanlo con zumo de manzanas ponzoñosas ó con otra yerba, hecha de muchas cosas, que hiriendo mata. Son aquellas manzanas del tamaño y color que nuestras magrillas; si algun hombre, perro ó cualquier otro animal come dellas, se les vuelven guisanos, los cuales en brevísimo tiempo crecen mucho y comen las entrañas sin que haya remedio; á lo menos muy poco; el árbol que las produce es grande, comun,

y de tan pestilencial sombra, que luego duele la cabeza al que se pone á ella. Si mucho se detiene allí, hincha-se la cara y túrbasele la vista, y si duerme, ciega; morian, y aun rabiando, los españoles heridos della, como no sabian ningun remedio, aunque algunos sanaban con cauterios de fuego y agua de mar. Los indios tienen otra yerba que con el zumo de su raíz remedia la ponzoña desta fruta y restituye la vista y cura todo mal de ojos. Esta yerba que hay en Cartagena, dicen que es la hipébaton con que Alejandro sanó á Ptolomeo, y poco há se conoció en Cataluña por industria de un esclavo moro, y la llaman escorzonera.

Descubrimiento de las esmeraldas.

Para ir á la nueva Granada entran por el río que llaman Grande, diez ó doce leguas de Santa Marta al poniente. Estando en Santa Marta el licenciado Gonzalo Jimenez, teniente por el adelantado don Pedro de Lugo, gobernador de aquella provincia, subió el río Grande arriba por descubrir y conquistar en una tierra que nombró Sant Gregorio. Diéronle ciertas esmeraldas; preguntó de dónde las habian, y fuése al rastro dellas; subió mas arriba, y en el valle de los alcázares, se topó con el rey Bogotá, hombre avisado, que por echar de su tierra los españoles, viéndolos codiciosos y atrevidos, dió al licenciado Jimenez muchas cosas de oro, y le dijo cómo las esmeraldas que buscaba estaban en tierra y señorío de Tunja. Tenia Bogotá cuatrocientas mujeres, y cada uno de su reino podia tomar cuantas pudiese tener, pero no habian de ser parientas; todas se habian muy bien, que no hacian poco. Era Bogotá muy acatado, ca le volvían las espaldas por no le mirar á la cara, y cuando escupia se hincaban de rodillas los mas principales caballeros á tomar la saliva en unas tohallas de algodón muy blancas, porque no tocase á tierra cosa de tan gran príncipe; allí son mas pacíficos que guerreros, aunque tenian guerra muchas veces con los panches. No tienen yerba ni muchas armas, justificanse mucho en la guerra que toman, piden respuesta del suceso della á sus ídolos y dioses, pelean de tropel, guardan las cabezas de los que prenden; idolatran reciamente, especial en bosques; adoran el sol sobre todas las cosas; sacrifican aves, queman esmeraldas y sabuman los ídolos con yerbas. Tienen oráculos de dioses, á quien piden consejo y respuesta para las guerras, temporales, dolencias, casamientos y tales cosas; pónense para esto por las coyunturas del cuerpo unas yerbas que llaman *jop* y *osca*, y toman el humo. Tienen dieta dos meses al año, como cuaresma, en los cuales no pueden tocar á mujer ni comer sal; hay unos como monesterios donde muchas mozas y niños se encierran ciertos años. Castigan recio los pecados públicos; hurtar, matar y sodomía, que no consienten putos; azótan, desorejan, desnarigan, ahorcan, y á los nobles y honrados cortan el cabello por castigo, ó rásanles las mangas de las camisetas; visten sobre las camisetas ropas que ciñen, pintadas de pincel. Traen en las cabezas, ellas guirlandas, y los caballeros cofias de red ó bonetes de algodón; traen cercillos y otras joyas por muchas partes del cuerpo; mas han primero de estar en monesterio. Heredan los hermanos y sobrinos, y no los

hijos; entiérranse los bogotás en ataudes de oro; partió Jimenez de Bogotá, pasó por tierra de Conzota, que llamó valle del Espíritu Santo; fué á Turmeque, y nombróle valle de la Trompeta; de allí á otro valle, dicho Sant Juan, y en su lenguaje Tenesucha. Habló con el señor Somondoco, cuya es la mina ó cantera de las esmeraldas: fué allí, que hay siete leguas, y sacó muchas. El monte donde está el minero de las esmeraldas es alto, raso, pelado, y á cinco grados de la Equinocial á nosotros. Los indios para sacarlas hacen primero ciertos encantos y hechizos por saber cuál es buena veta; vinieron á monton para sacar el quinto y repartir mil y ochocientas esmeraldas, entre grandes y pequeñas, que las comidas y hurtadas no se contaron; riqueza nueva y admirable, y que jamás se vió tanta ni tan fina piedra junta. Otras muy muchas se han hallado después acá por aquella tierra, empero este fué el principio; cuyo hallazgo y honra se debe á este letrado Jimenez: notaron mucho los españoles que, habiendo tal bendición de Dios en lo alto de aquel serrejón, fuese tan estéril tierra, y en lo llano que criasen los moradores hormigas para comer, y tan simples los hombres, que no saliesen á trocar aquellas ricas piedras por pan; creo que indios se dan poco por piedras. También hubo el licenciado Jimenez en este viaje, que fué de poco tiempo, trecientos mil ducados en oro; ganó asimismo muchos señores por amigos, que se ofrecieron al servicio y obediencia del Emperador. Las costumbres, religion, traje y armas de lo que llaman Nueva-Granada son como en Bogotá, aunque algunas gentes se diferencian: los panches, enemigos de bogotás, usan paveses grandes y livianos, tiran flechas como caribes, comen todos los hombres que captivan, después y antes de sacrificados, en venganza; puestos en guerra, nunca quieren paz ni concierto, y si les cumple, sus mujeres la piden, que no pierden ánimo ni hora, como perderían ellos. Llevan sus ídolos á la guerra por devoción ó esfuerzo; cuando se los tomaban españoles, pensaban que lo hacían de devotos, y era por ser de oro y por quebrallos; de que mucho se entristecían. Sepúltanse los de Tunja con mucho oro; y así, había ricos enterramientos; las palabras del matrimonio es el dote en mueble; que raíces no dan, ni guardan mucho parentesco. Llevan á la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos, y por ejemplo que no han de huir mas que ellos, ni dejarlos en poder del enemigo; los tales cuerpos están sin carne, con sola el armadura de los huesos asidos por las coyunturas. Si son vencidos, lloran y piden perdón al sol de la injusta guerra que comenzaron; si vencen, hacen grandes alegrías, sacrifican los niños, captivan las mujeres, matan los hombres aunque se rindan, sacan los ojos al señor ó capitán que prenden, y hácenle mil ultrajes. Adoran muchas cosas, y principalmente al sol y luna; ofrecen tierra, haciendo primero della ciertas ceremonias y vueltas con la mano; los sabumerios son de yerbas, y á revuelta dellas quemar oro y esmeraldas, que es su devoto sacrificio; sacrifican también aves para rosciar los ídolos con la sangre. Lo santo es sacrificar en tiempo de guerra hombres captivos en ella, ó esclavos comprados y traídos de léjos tierras; atan los malhechores á dos palos por piés,

brazos y cabellos; hay guerras sobre caza; dicen que hay tierra donde las mujeres reinan y mandan; no miran al sol, por acato, ni al señor. Reprehendian mucho á los españoles, que miraban de hito á su capitán. Ciento y cincuenta leguas el río arriba hacen sal de raspaduras de palma y orinas de hombre, y es la gente de Indias que menos sin voces y ruido compran y venden. Es tierra que ni enfada la ropa ni la lumbre, aunque está cerca de la tórrida zona; el año de 47 puso el Emperador chancillería en la Nueva-Granada como está en la vieja, de solos cuatro oidores.

Venezuela.

Todo lo que hay del cabo de la Vela al golfo de la Paria descubrió Cristóbal Colon en el año 1498. Caen en esta costa Venezuela, Curiana, Chiribichi y Cumaná y otros muchos ríos é puertos. El primer gobernador que pasó á Venezuela fué Ambrosio de Alfinger, alemán, en nombre de los Belzares, mercaderes riquísimos á quien el Emperador empeñó esta tierra; fué año de 28. Hizo algunas entradas con los que llevó, conquistó muchos indios, y al fin murió de un flechazo con yerba que le dieron caribes por la garganta, y los suyos vinieron á tanta hambre, que comieron perros y tres indios. Sucedióle Jorge Spira, también alemán, y que fué allá el año de 35; la reina doña Isabel no consentía pasar á Indias, sino á gran importunación, hombre que no fuese su vasallo. El Rey Católico dejó ir allá, después que murió ella, á los suyos de los reinos de Aragón; el Emperador abrió la puerta á los alemanes y extranjeros en el concierto que hizo con la compañía destes Belzares, aunque agora mucho cuidado y rigor se tiene para que no vayan ni vivan en las Indias sino españoles. Venezuela es obispado, y la silla está en Coro; el primer obispo fué Rodrigo de Bastidas, y no el descubridor. Dijo Venezuela porque está edificada dentro en agua sobre peña llana, y en un lago que llaman Maracaibo, y los españoles, de Nuestra Señora; son las mujeres mas gentiles que sus vecinas, pintanse pecho y brazos, van desnudas, cúbrense con un hilo; esles vergüenza si no lo traen, y si alguno se lo quita, las injuria. Las doncellas se conocen en el color y tamaño del cordel, y traello así es señal certísima de virginidad; en el cabo de la Vela traen por la horcajadura una lista de algodón no mas ancha que un jeme; en Tarare usan sayas hasta en piés con capillas; son tejidas en una pieza, que no llevan costura ninguna; ellos en general meten lo suyo en cañutillos, y los enotos atan la capilla por cubrir la cabeza. Hay muchos sodométicos que no les falta para ser del todo mujer, sino tetas y parir; adoran ídolos, pintan al diablo como le hablan y ven, también se pintan todos ellos el cuerpo, y el que vence, prende ó mata ó otro, ora sea en guerra, ora en desafío, con que á traición no sea, se pinta un brazo por la primera vez, la otra los pechos, y la tercera con un verdugo de los ojos á las orejas, y esta es su caballería. Sus armas son flechas con yerba, lanzas de á veinte y cinco palmos, cuchillos de caña, porras, hondas, adargas muy grandes de corteza y cuero. Los sacerdotes son médicos; preguntan al enfermo si cree que lo pueden ellos sanar, traen la mano por el dolor, llaga ó postema, rig-

tan y chupan con una paja; si no sana, echan la culpa al paciente ó á los dioses (que así hacen todos los médicos). Lloran de noche al señor que muere; el lloro es cantar sus proezas: tuéstanlo, muélenlo, y echado en vino, se lo beben, y esto es gran honra; en Zompachá entierran los señores con mucho oro, piedras y perlas, y sobre la sepultura hincan cuatro palos en cuadro, emparaméntalos, y cuelgan allí dentro arinas, plumajes y muchas cosas de comer y beber. En Maracaibo hay casas sobre postes en agua, que pasan barcos por debajo; allí aprendió Francisco Martín á curar con humo, soplos y bramidos.

El descubrimiento de las perlas.

Antes que mas adelante pasemos, pues hay perlas en mas de cuatrocientas leguas de costa que ponen del cabo de la Vela al golfo de Paria, es bien decir quién las descubrió. En el viaje tercero que Cristóbal Colon hizo á Indias, año de 1498, ó (según algunos) 7, llegó á la isla Cubagua, que llamó de Perlas. Envió un batel con ciertos marineros á tomar una barca de pescadores, para saber qué pescaban y qué gente eran. Los marineros siguieron la barca, que de miedo, habiendo visto aquellos grandes navíos, huyó. No la pudieron alcanzar. Llegaron á tierra, donde los indios pararon su barca y aguardaron. No se alteraron ni llamaron gente, antes mostraron alegría de ver hombres barbados y vestidos á la marinesca. Un marinero quebró un plato de Málaga, y salió á rescatar con ellos y á mirar la pesca, porque vió entre ellos una mujer con gargantillas de aljófar al cuello. Hubo á trueco del plato (que otra cosa no sacó) ciertos hilos de aljófar blanco y granado, con que se tornaron á las naos muy alegres. Colon, por certificarse mas y mejor, mandó ir otros con cascabeles, agujas, tijeras y cascos de aquel mesmo barro valenciano, pues lo querían y preciaban. Fueron pues, y trajeron mas de seis marcos de aljófar menudo y grueso con muchas buenas perlas entre ello. «Dígovos que estáis, dijo Colon entonces á los españoles, en la mas rica tierra del mundo: demos gracias al Señor.» Maravillóse de ser tan crecido todo aquel aljófar, ea de ver tanto no cabia de placer. Entendió que los indios no hacían caso de lo muy menudo por tener harto de lo granado, ó por no saber agujerarlo. Dejó Colon la isla y acercóse á tierra, que andaba mucha gente por la marina, para ver si habia también allá perlas. Estaba la costa cubierta de hombres, mujeres y niños que salían á mirar los navíos, cosa para ellos extraña. El señor de Cumaná, que así llamaban aquella tierra y río, envió á rogar al capitán de la flota que desembarcase y seria bien recibido. Mas él, aunque hacían gestos de amor los mensajeros, no quiso ir, temiendo alguna zagalarda, ó porque los suyos no se quedasen allí si habia tantas perlas como en Cubagua. Tornaron luego muchos indios á las naos; entraron en ellas, y quedaron espantados de los vestidos, espadas y barbas de los españoles; de los tiros, jarcias y obras muertas de las naos, y aun los nuestros se santiguaron y gozaron en ver que todos aquellos indios traían perlas al cuello y muñecas. Colon les demandaba por señas donde las pescaban. Ellos señalaban con el dedo la isla y la costa. Envió entonces Colon á tierra

dos bateles con muchos españoles, para mayor certificación de aquella nueva riqueza, y porque todos le importunaron. Hubo tanto concurso de gente á ver los extranjeros, que no se podían valer. El señor los llevó al lugar á una casa redonda que parecía templo, donde los sentó en banquillos muy labrados de palma negra. Sentóse también él, un hijo suyo, y otros que debían ser caballeros; trajeron luego mucho pan y frutas de diversas suertes, y algunas que aun no las conocían españoles. Trajeron eso mesmo razonable vino tinto y blanco, hecho de dátiles, grano y raíces; diéronles al cabo perlas en colación por confites. Lleváronlos después á palacio á ver las mujeres y aparato de casa. No habia ninguna dellas, aunque habia muchas, que no tuviesen ajorcas de oro y gargantillas de perlas. Holgaron, teniendo palacio con ellas, una gran pieza; que eran amorosas, y para ir desnudas, blancas, y para ser indias, discretas. Los que van al campo están negros del sol. Volviéronse los españoles á los navíos, admirados de tantas perlas y oro. Rogaron á Colon que los dejase allí; mas él no quiso, diciendo ser pocos para poblar. Alzó velas, corrió la costa hasta el cabo de la Vela, y de allí se vino á Santo Domingo con propósito de volver á Cubagua en ordenando las cosas de su gobernación. Disimuló el gozo que sintía de haber hallado tanto bien, y no escribió al Rey el descubrimiento de las perlas, ó á lo menos no lo escribió hasta que ya lo sabían en Castilla; lo cual fué gran parte que los Reyes Católicos se enojasen y lo mandasen traer preso á España, según ya contamos. Dicen que lo hizo por capitular de nuevo y haber para sí aquella rica isla; que no era tal, que pensase encubrir el descubrimiento al Rey, que tiene muchos ojos. Mas tardó á decir y tratarlo con la ocupación que tuvo en lo de Roldán Jimenez.

Otro gran rescate de perlas.

Los mas de los marineros que iban con Cristóbal Colon cuando halló las perlas, eran de Palos, los cuales se vinieron á España y dijeron en su tierra lo de las perlas, y aun mostraron muchas y las llevaron á vender á Sevilla, de donde se supo en corte y en palacio. A la mucha fama armaron algunos de allí, como fueron los Pinzones y los Niños. Aquellos se tardaron por llevar cuatro carabelas, y fueron al cabo de Sant Augustin, como despues dirémos. Estos, levantando el pensamiento á la codicia, aprestaron luego un navío, hicieron capitán dél á Peralonso Niño, el cual hubo de los Reyes Católicos licencia de ir á buscar perlas y tierra, con tal que no entrase en lo descubierta por Colon con cincuenta leguas. Embarcóse pues el agosto de 1499 con treinta y tres compañeros, que algunos fueran con Cristóbal Colon. Navegó hasta Paria, visitó la costa de Cumaná, Maracapana, Puerto-Flechado y Curiana, que cae junto á Venezuela. Salió allí en tierra, y un caballero que vino á la marina con cincuenta indios, lo llevó amigablemente á un gran pueblo á tomar el agua, refresco y rescate que buscaba. Comió, y rescató en un momento quince onzas de perlas á trueco de alfileres, sortijas de cuerno y estaño, cuentas de vidrio, cascabeles y semejantes cosillas. Otro día surgió con la nao en par de aquel lugar. Acudió tanta muchedumbre de indios á la

ribera por mirar la nave y por haber quinquillería, que los españoles no osaban salir. Convidábanlos á rescatar á la nao, y ellos á la tierra; salieron en fin, como se metían dentro en ella sin armas, y por verlos mansos, simples y ganosos de llevarlos á su pueblo. Estuvieron en el pueblo veinte dias feriendo perlas. Dábanles una paloma por una aguja, una tórtola por una cuenta de vidrio, un faisán por dos, un gallipavo por cuatro. Dábanles tambien por aquel precio conejos y cuartos de venado. Preguntaban de que les servirían las agujas, pues andando desnudos no tenían que coser. Dijéronles que de sacar espinas, pues iban descalzos. No había cosa en la tienda que mas les agradase que cascabeles y espejos, y así daban mucho por ellos. Traían los hombres anillos de oro y joyeles con perlas, hechos aves, peces y animalejos. Preguntaron del oro; respondieron que lo traían de Caucheto, seis soles de allí: fueron allá, pero no trujeron sino monas y papagayos. Vieron empero cabezas de hombres clavadas á las puertas por ufania. Tenían aquestos de Curiana toque para el oro y peso para pesarlo, que no se ha visto en otro cabo de las Indias. Andan los hombres desnudos, sino lo que cubren con cuellos de calabaza ó caña ó caracol. Algunos empero hay que se lo atan para dentro. Traen los cabellos largos y son algo crespos; traen muy blancos dientes con traer siempre cierta yerba en la boca, que liede. Son gentiles oleros: las mujeres labran la tierra, que los hombres atienden á la guerra y caza, y si no, danse al placer; usan vino de dátiles, crian en casa conejos, patos, tórtolas y otras muchas aves. Produce la tierra orchilla y cañafistola. Cargó dello su nao Peralonso Niño, y vino á España en sesenta dias de navegacion. Aportó á Galicia con noventa y seis libras de aljófar, en que había grandísima cantidad de perlas finas orientales, redondas, y de cinco y seis quilates, y algunas de mas; empero no estaban bien agujeradas, que era mucha falta. Rñieron en el camino sobre la particion, y acusaron ciertos marineros al Peralonso Niño delante Hernando de Vega, señor de Grajales, que á la sazón era gobernador allí en Galicia, diciendo que había hurtado muchas perlas y engañado al Rey en su quinto, y rescatado en Cumaná y otras partes que había Colon andado. El Gobernador prendió al Peralonso, mas no le hizo al que tenerlo en la cárcel mucho tiempo; donde se comió hartas perlas, y dijo cómo había costea-do tres mil leguas de tierra hácia poniente, que se quería ir hasta Higuera.

Cumaná y Maracapana.

Cumaná es un rio que da nombre á la provincia, donde ciertos frailes franciscos hicieron un monesterio, siendo vicario fray Juan Garcés, año de 16, cuando los españoles andaban muy dentro en la pesquera de las perlas de Cubagua. Fueron luego tres frailes dominicos que andaban en aquella isla á Piritu de Maracapana, veinte leguas al poniente de Cumaná. Comenzaron á predicar (como los franciscos) y á convertir, mas comiéronselos unos indios. Sabida su muerte y martirio, pasaron allá otros frailes de aquella orden, y fundaron un monesterio en Chiribichi, cerca de Maracapana, que llamaron Santa Fe. Los religiosos que residían en am-

bos monesterios hicieron grandísimo fruto en la conversion; enseñaron á leer y escribir y responder á misa á muchos hijos de señores y gente principal. Estaban los indios tan amigos de los españoles, que los dejaban ir solos la tierra adentro y cien leguas de costa. Duró dos años y medio esta conversion y amistad; ca en fin del año de 19 se rebelaron y renegaron todos aquellos indios por su propia malicia, ó porque los echaban al trabajo y pesquería de perlas. Maracapaneses mataron en obra de un mes cien españoles recién llegados al rescate. Fueron capitanes de la rebelion dos caballeros mancebos criados en Santa Fe; y donde mas crueles se mostraron fué en el mesmo monesterio; ca mataron todos los frailes, á uno diciendo misa y á los demás oficiándola. Mataron asimismo cuantos indios dentro estaban, y hasta los gatos; quemaron la casa y la iglesia; los de Cumaná pusieron tambien fuego al monesterio de franciscos; huyeron los frailes con el Sacramento en una barca á Cubagua; asolaron la casa, talaron la huerta, quebraron la campana, despedazaron un crucifijo y pusieronlo por los caminos como si fuera hombre; cosa que hizo temblar á los españoles de Cubagua. Martirizaron á un fray Dionisio, que turbado, no supo ó no pudo entrar en la barca con los otros sus compañeros. Estuvo seis dias escondido en un carrizal sin comer, esperando que viniesen españoles. Salió con hambre y con esperanza que los indios no le harían mal, pues muchos eran sus hijos en la fe y bautismo. Fué al lugar y encomendóseles; ellos le dieron de comer tres dias sin le decir mal, en los cuales estuvo siempre de rodillas llorando y rezando, segun después confesaron los malhechores. Debatieron mucho sobre su muerte, ca unos lo querían matar y otros salvar; mas á la fin le arrastraron del pescuezo por consejo de uno que cristiano llamaban Ortega. Acoceáronlo é hicieronle otros vituperios. Estaba de rodillas puesto en oracion cuando le dieron con las porras en la cabeza para matalle, que así lo rogó él. El almirante don Diego Colon, audiencia y oficiales del Rey, que supieron esto, despacharon luego allá á Gonzalo de Ocampo con trescientos españoles, el cual fué año de 20 á Cumaná. Usó de mañoso ardido para tomarlos malhechores. Surgió con sus navíos junto á Cumaná, y mandó que ninguno dijese cómo venían de Santo Domingo, porque los indios entrasen á las naos y allí los prendiese sin sangre ni peligro. Preguntaron los indios desde la costa de dónde venían. Respondieron que de Castilla. No lo creían, y decían: «Haiti, Haití.» «No, Castilla, replicaron, Castilla, Castilla, España»; y convidábanlos á las naos. Ellos enviaron á mirar si era verdad con achaque de llevarles pan y cosas de rescate. Gonzalo de Ocampo metió los soldados so sota disimulo; agradeciéoles su ida y comida, rogándoles que le trajesen mas. Creyeron los indios que venían de Castilla muy bozales, como no vieron soldados, y tornaron allá muchos de los rebeldes con pensamiento de sacarlos á tierra y matarlos. Gonzalo de Ocampo sacó los soldados y prendió los indios. Tomóles su confesion; confesaron la muerte de los españoles y quema de los monesterios. Ahorcólos de las antenas y fué á Cubagua. Quedaron los indios que miraban de la marina atónitos y medrosos. Asentó Gonzalo de Ocampo real en Cu-

bagua, y velia á Cumaná á hacer guerra y correrías. Mató muchos indios en veces, y los mas que prendió justició por rigor. Diéronse perdidos los mezquinos si aquella guerra duraba, y pidieron perdon y paz. Ocampo la hizo con ellos y con el cacique don Diego, el cual le ayudó á fabricar la villa de Toledo, que hizo á la ribera del rio, media legua del mar.

La muerte de muchos españoles.

Estaba el licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo, en Santo Domingo al tiempo que florecían los monesterios de Cumaná y Chiribichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente y abundancia de perlas. Vino á España, pidió al Emperador la gobernacion de Cumaná, informóle cómo los que gobernaban las Indias le engañaban, y prometiéndole de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodriguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradijeron con informacion que hicieron sobre él; y lo tenían por incapaz del cargo, por ser clérigo y no bien acreditado, ni sabidor de la tierra y cosas que trataba. Él entonces favorecióse de mosiur de Laxao, camarero del Emperador, y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento por llevar color de buen cristiano en decir que convertiría mas indios que otro ninguno con cierta orden que ponia, y porque prometia enriquecer al Rey y enviarles muchas perlas. Venían entonces muchas perlas, y la mujer de Xebres hubo ciento y sesenta marcos dellas que vinieron del quinto, y cada flamenco las pidia y procuraba. Pidió labradores para llevar, diciendo no harían tanto mal como soldados, desuellacaros, avarientos é inobedientes. Pidió que los armase caballeros de espuela dorada, y una cruz roja, diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle, á costa del Rey, en Sevilla navíos y matalotaje y lo que mas quiso, y fué á Cumaná el año de 20 con obra de treientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacia á Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el Almirante y Audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba ni dijera en corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar. Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecia, pero que no cumplía cumplirlas, ni lo podia hacer sin mandamiento del gobernador é oidores de Santo Domingo, que lo enviaran. Burlaba mucho del clérigo, que lo conocia de allá de la vega por ciertas cosas pasadas, y sabia quién era; burlaba eso mesmo de los nuevos caballeros y de sus cruces, como de Sant Benitos. Corriase mucho desto el licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo. No pudo entrar en Toledo, é hizo una casa de barro y palo, junto á do fué el monesterio de franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fué á querellar á Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fué tambien, no sé si por esto ó por enojo que tenia de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos; y así, quedó Toledo desierto y los labradores solos. Los indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia

de españoles, combatieron la casa y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron acogiéronse á una carabela, y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas. Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del Rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo; y así, no acrecentó nada las rentas reales, ni ennoblecio los labradores, ni envió perlas á los flamencos.

Conquista de Cumaná y poblacion de Cubagua.

Perdia mucho el Rey en perderse Cumaná, porque cesaba la pesca, trato de las perlas de Cubagua; y para ganarla enviaron allá el Almirante y Audiencia á Jacome Castellon con muchos españoles, armas y artillería. Este capitán emendó las faltas de Gonzalo de Ocampo, Bartolomé de las Casas y otros que habían ido con cargo y gente á Cumaná. Guerreó los indios, recobró la tierra, rehizo la pesquería; hinchó de esclavos á Cubagua, y aun á Santo Domingo; edificó un castillo á la boca del rio, que aseguró la tierra y la agua. Desde allí, que fué año de 23, anda la pesca del aljófar en Cubagua, donde tambien comenzó la Nueva-Cáliz para morar los españoles. A Cubagua llamó Colon isla de Perlas; boja tres leguas; está en casi diez grados y medio de la Equinocial acá; tiene á una legua por hácia el norte la isla Margarita, y á cuatro hácia el sur la punta de Araya, tierra de mucha sal; es muy estéril y seca, aunque llana; solitaria, sin árboles, sin agua; no había sino conejos y aves marinas; los naturales andaban muy pintados, comían ostias de perlas, traían agua de Tierra-Firme por aljófar. No se sabe que isla tan chica como esta rente tanto y enriquezca sus vecinos. Han valido las perlas que se han pescado en ella, después acá que se descubrió, dos millones; mas cuestan muchos españoles, muchos negros y muchísimos indios. Traen agora leña de la Margarita y agua de Cumaná, que hay siete leguas. Los puercos que llevaron se han diferenciado, ca les crece un jeme las uñas hácia arriba, que los afea. Hay una fuente de licor oloroso y medicinal, que corre sobre la agua del mar tres y mas leguas. En cierto tiempo del año está la mar allí bermeja, y aun en muy gran trecho de la Tierra-Firme, á causa que desovan las ostias ó que les viene su purgacion, como á mujer, segun afirman. Andan asimesmo, porque no faltan fábulas, cerca de Cubagua peces que de medio arriba parecen hombrés en las barbas y cabello y brazos.

Costumbres de Cumaná.

Los desta tierra son de su color; van desnudos, sino es el miembro, que atan para dentro, ó que cubren con cuellos de calabazas, caracoles, cañas, listas de algodón y cañutillos de oro. En tiempo de guerra se ponen mantas y penachos; en las fiestas y bailes se pintan ó tiznan ó se untan con cierta goma é unguento pegajoso como liga, y después se empluman de muchas colores, y no parecen mal los tales emplumados. Córtese los cabellos por empar del oído; si en la barba les nace algun pelo, arráncanselo con espizuzas, que no quieren allí ni en medió del cuerpo pelos, aunque de suyo son esbarbados y lampiños. Précianse de tener muy ne-